

# *Aeropuerto*

(Cuento con transcripción fonética)

M.<sup>a</sup> Josefa CANELLADA

Para Marta Estades,  
consulesa de todos los aviones.

Da gusto viajar con tan poco equipaje. Así no habrá retrasos para recoger las maletas a la llegada. Confronto una y otra vez la hora y la puerta de embarque. No hay retrasos. Todo va bien.

Hay un ruido de fondo impreciso, como la suma de muchos ruidos: de motores de avión, de conversaciones rotas, quizá no sean más que los restos vivos de todas las despedidas de hoy. Llena absolutamente todos los espacios, igual los pasillos estrechos que las salas amplias. A veces se hace más intenso, otras se apaga para dejar un hueco al estruendo de un altavoz: «Vuelo número... Se ruega a los señores viajeros...».

Recuerdo con todo rigor las últimas recomendaciones familiares, a la salida, cuando me colgaba al cuello mi medalla grande de la Virgen, que me acompaña hasta ahora en todos mis viajes:

«... pon atención a la luz parpadeante; ... que se te pierda todo menos el pasaporte, ¿sabes?...».

Todo irá bien. No pasará nada. Aprieto el asa de la cartera en la mano. Y la correa larga del otro bolso colgada al hombro. Ni siquiera al sentarme me la quito, así no se me olvidará en ningún asiento. Vamos pasando ya. Estoy tranquila. Creo que todo se arreglará bien. No puede haber cosas no previstas, que son las peores. Luego allá, en las nieblas y oscuridades de Kopenhague, estarán esperándome Berta, Alfonso y John, y da gusto refugiarse en su recuerdo futuro, y sentirse protegida por ellos y por su lengua.

Estoy tranquila. No puede pasar nada. Voy a hacer entrar mis dos bolsos por el aparato detector de metales. No puede detectar nada, porque nada llevo. Pero, de repente, cuando estaba recogiendo mi último bolso, mi tranquilidad sufrió un gran impacto. Apenas fue nada. Solo un gesto del guardia civil de la entrada que me desvió de mi paso. Fue sólo un segundito de nada. Yo sabía muy bien que todas las cosas

estaban en su sitio, que no quedaba un resquicio para ninguna irregularidad ni para ninguna duda. El gesto del guardia civil dio al traste con todas mis seguridades; fue una embestida violenta contra aquello de que todo iba bien y que no podía ser de otra manera.

Fue un segundo, quizá una centésima de segundo: Si, ya lo sé, ya tengo la clave.

Esta gente que estaba a mi lado, esta gente ingenua, incolora, los de siempre, en los que no me fijó nunca, esta vez no eran los de siempre. Eran alguno de los de Tejero, de los implicados en el golpe de ayer, y querían pasar en mi bolso verde, medio vacío, algunas armas incómodas y comprometedoras. Lo vi clarísimo. Pero ya me las arreglaría de algún modo... No sé aún cómo, pero ya me las arreglaré para que la verdad brille por sí sola. Las armas no son mías. Ni siquiera tienen una sola de mis huellas dactilares. ¿Cómo van a probarme que son mías?

Me encaré con el guardia civil, jovencito él, y fue él el que habló. A quemacara me espetó, medio sonriente:

—Señora, ¿está bien de la cabeza?

Su pintoresca y brillante fonética andaluza me distrajo y me desarmó. No contesté. ¿Qué iba a contestar si no sabía por dónde ni hasta dónde me podía comprometer? Me afiancé más en mi teoría de las armas escondidas, y, extremando mi tono de exquisita cortesía, fingí no haber oído bien, y pregunté a mi vez:

—¿Cómo dice usted?

—¿Está bien de la cabeza?

Entonces, la fantasía medrosa dejó de aferrarse a mi inocencia respecto de las armas malhadadas. Y rapidísimamente ésta fue sustituida por otra teoría con visos de ser más verdadera que la de antes. Me miré de arriba abajo. ¿Quizá en mis prisas esta mañana no me paré a quitarme el mandil de la cocina después de preparar el desayuno, y me vine con él (tal bonito, tan llamativo, con sus rayas multicolores) puesto? En contadísimas centésimas de segundo comprobé que no era ese el motivo de la alarma. Había que buscar otra teoría. Y es que sentía la necesidad de no dejarme sorprender en la acusación supuesta, preparando de antemano mi defensa. Y, con velocidad verdaderamente ultrasónica, pensé: ¿será posible que mi mal peinar, crónico ya, se haya extremado esta mañana con las prisas? Me pasé la mano por la cabeza para tratar de comprobar qué maldito tocado me habían improvisado aquella mañana mis pelos más rebeldes. Creo que no era para tanto. Mientras me disponía a hablar de nuevo al guardia civil, una pequeña preocupación trataba de empujar hacia adelante por otro lado los eventos rápidos de aquel trozo de mañana: aún resultará que ayer por la tarde debía haber obedecido cuando alguien insinuó que debería ir a la peluquería antes del viaje. Ahora bien, por grave que fuera mi desperfecto, o mi aspecto desusado, no me pareció de la incumbencia de un guardia civil en servicio, ni aunque éste fuera joven, andaluz y pintorero como aquel aquél demostraba ser.

Antes de verme atrapada o rebasada por una desconocida acusación, pasé rápidamente al ataque: Agarré lo más cortésmente que pude al guardia civil por la bocamanga y, desviándolo medio prudente metro de su sitio, le pregunté:

—¿Por qué me dice usted eso?

—No sé. Me había paresío...

Otra vez en pie mis tres teorías, y ya la urgencia nerviosa de no saber por dónde empezar a defenderme.

Sobre el ruido de fondo impreciso se había desatado el de un motor de aviación cercano. Los últimos de mis compañeros de viaje desaparecían ya por la puerta de

embarque, y yo allí enredada en madejas invisibles. Me puse casi de puntillas, y le grité a la cara a mi guardia:

—Vamos, por favor, explíquime lo que ha querido decirme.

Él se deshizo en amabilidades:

- Ke sjé'ra a la tojin de la ka'té'sa.

Es que es la patrona de mi pueblo, ¿sabe?